



días de la vendimia (1). El Araxis también se desborda ordinariamente como el Nilo hacia los meses de Agosto y de Setiembre, á causa de fundirse las nieves de las montañas de Armenia, de donde procede. En cuanto al país de Cush, que se traduce comunmente por Etiopía, los antiguos distinguían dos Etiopías, ó país de Cush, la una al Mediodía del Egipto, la otra entre el Ponto Euxino y el mar Caspio, cerca del Fasis y del Araxis (2).

Todos los antiguos nos dicen que los países regados por estos cuatro ríos eran naturalmente ricos y fértiles. Era esta un pequeño residuo de la primitiva fertilidad que tendría en un principio el Eden ó las delicias por excelencia; decimos por excelencia, porque aún existen hoy comarcas llamadas *Eden* ó delicias, á causa de su belleza y de su riqueza.

«Tomó, pues, el Señor Dios al hombre, y púsole en el Paraíso del Eden, para cultivarle y guardarle (3).»

Para cultivarle. El trabajo es, pues, la primera vocación del hombre. Sin duda, en el estado de justicia y de santidad originales, este trabajo no era penoso; pero siempre resulta que el hombre ha sido criado para trabajar y para ejecutar obras. Dios le ha dado el ejemplo. También plantó Él mismo el Paraíso, pero quiso que el hombre le cultivase; da al hombre la tierra con todos sus elementos con la promesa de acrecentar su producción; pero quiere que trabaje, siembre y riegue; deposita en nuestro espíritu el germen de las verdades y virtudes naturales, pero quiere que nosotros las desenvolvamos por el estudio y por la acción; nos comunica por su gracia las virtudes, mas quiere que las hagamos producir obras meritorias para el cielo. Es, pues, una idea absolutamente falsa y aun degradante para el hombre, suponer que su primera vocación fué la ociosidad y la inacción; porque esto es asimilarle, no á

(1) Eccl., 24, 37.

(2) San Jerónimo, de San Math., *in script. eccl.* Véase la *Biblia* de Vence. Michaelis cree que el *Gehón* es el antiguo *Orus*, que los habitantes del país llaman hoy *Geihon*.

(3) Gén., 2, 15.

Dios, que obra siempre, sino á la nada, que no ejecuta nunca, porque nada es.

Para guardarle. Había, pues, algun enemigo. Desde luego las bestias salvajes, aunque sometidas al hombre, tenían necesidad sin embargo de ser vigiladas y reprimidas. Pero había un enemigo verdaderamente temible, y contra el cual era necesario guardar con vigilancia, más que el Paraíso, el corazón; este era aquel que más tarde fué el origen de todo mal. Dios parecía prevenir al hombre.

La advertencia llega á ser más expresa y más solemne en las siguientes palabras: «Y el Señor Dios mandó al hombre, diciendo: De todo árbol del Paraíso puedes tú comer; mas del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal no comas; porque en el día que tú comieres, morirás de muerte (1).» Aquí se presentan las cuestiones más graves.

Puesto caso que ha hablado de mandatos dados al hombre, ¿por qué no ha dicho nada, ni de la ley natural que debía regularle como ser racional, ni de la ley sobrenatural, que, perfeccionando la primera, debía ordenarle como llamado á la visión divina? Es que ha sido comprendido, cuando se ha dicho que Dios crió al hombre á su imagen y semejanza. Le crió á su imagen, comunicándole la razón natural; le crió á su semejanza, sobreañadiéndole la gracia.

¿Por qué Dios no promulgó á los animales este mandato con pena de muerte, sino únicamente al hombre? Porque el hombre ha sido criado libre, pudiendo escoger entre hacer ó no hacer, obedecer ó no obedecer; haciendo y obedeciendo, puede merecer la mayor dicha posible, la visión intuitiva de Dios. Obrando necesariamente el hombre, no merecería ni premio ni castigo; en este estado, la más grande dicha posible no hubiera sido la mayor. El hombre ha debido ser criado libre. Obrando en libertad, puede llegar á alcanzar la mayor dicha, ganar á Dios. Como Dios se ha dado al mundo, se ha dado también al hombre, no por necesidad, sino por que ha querido, libremente; del mismo modo el hombre se dará al cielo, se dará á Dios, no por necesidad, sino porque él habrá

(1) Gén., 2, 16, 17.



querido, libremente. En esto aún será el hombre la imagen de Dios.

¿Pero el hombre no aspira necesariamente á la felicidad, y por consiguiente al Sér Supremo? ¿Cómo, pues, podrá libremente aspirar y llegar hasta él por actos meritorios? Indudablemente, si conociésemos á Dios tal como él se conoce, no podríamos elegir entre amarle y no amarle: le amaríamos necesariamente como él se ama necesariamente; no seríamos capaces de merecer esta dicha. Pero Dios no se nos muestra tal como es en su esencia, sino solamente en las imágenes y por sus obras. Las criaturas son representaciones y semejanzas de su ser. No se deja ver sino á través de este velo de la creación, como el sol á través de una brillante nube. De este modo, aunque seamos naturalmente atraídos hacia él, tenemos sin embargo el mérito de buscarle libremente, siguiendo, por decirlo así, sus huellas en medio del universo. Si nosotros no amáramos en cada criatura lo que tiene de ser, de bondad, de verdad, sino para elevarnos al ser, á la verdad, á la bondad soberana, de la cual, en efecto, no es más que una sombra, guardaremos la ley de orden, mereceremos alcanzar un día la inefable dicha; pero si en lugar de dirigirnos continuamente hacia el ser, la bondad y la verdad infinita, nos fijamos en alguna cosa creada, imperfecta, quizá en una vana apariencia, este será un desorden, un mal que se llama el pecado. Este pecado, este mal, como se ve, no es una criatura, una cosa realmente subsistente, sino el abuso de un bien, del libre albedrío, bien necesario para merecer el soberano bien.

Sin embargo, ¡prodigio inefable! nos ha sido dado un medio para hacernos dignos de participar de todas las divinas perfecciones. Este medio es el libre albedrío: bien inapreciable, puesto que nos puede valer un bien infinito. Pero aun con este bien, el verdadero mal, el abuso del bien, es necesariamente posible.

Tú morirás de muerte, añadió como sanción de su ley el Supremo legislador. Dos vidas se pueden encontrar en el hombre: la vida del alma, de estar unido á Dios; la vida del cuerpo, de estar unido al alma. Esta última vida

no es más que una imagen de la primera, un medio para llegar á ella. La separación del alma y del cuerpo, ó la muerte temporal, es el término de la prueba á la que el hombre está sometido. La muerte verdaderamente temible, es la separación del alma de su Dios. Cuando la muerte temporal sobreviene á ella, esta separación es eterna é irremediable. De aquí los remordimientos y la desesperación que atormentarán sin fin al alma culpable é impenitente. Si hubiera permanecido fiel el primer hombre, no hubiera experimentado ni la una ni la otra muerte; su alma permanecería unida á Dios, su cuerpo unido al alma; después del tiempo de prueba, su cuerpo se hubiera transfigurado sin separación del alma. Siendo infiel, morirá de muerte, el alma se separará de Dios por el pecado, el cuerpo perderá su privilegio de inmortalidad, y no vivirá más que para morir.

Pero el hombre está solo sin esperanza de posteridad; sobre todo si muere, ¿no habrá ya género humano? ¿La tierra será viuda de su rey y el universo incompleto? No temamos, el Señor Dios dijo: «No es bueno que el hombre esté solo: hagámosle ayuda semejante á él.»

Antes, sin embargo, el hombre recibirá el homenaje de sus súbditos naturales, y ejercerá sobre ellos la soberanía de la razón y de la palabra. Porque «luego, pues, que el Señor Dios hubo formado de la tierra todos los animales terrestres, y todas las aves del cielo, llevólas á Adam, para que viese cómo las había de llamar; porque todo lo que Adam llamó ánima viviente, ese es su nombre. Y llamó Adam por sus nombres á todos los animales, y á todas las aves del cielo y á todas las bestias de la tierra.»

Hemos dicho que Dios mismo ha nombrado el día, la noche, el cielo, la tierra, el mar, las estrellas: estas cosas no están sino bajo el poder de él mismo. Pero para los animales que ha sometido al hombre, quiso que este diera los nombres que debían llevar. La Escritura, sustancial y corta en sus expresiones, nos indica al mismo tiempo los bellos conocimientos dados al hombre, puesto que no hubiera podido nombrar los animales sin conocer su naturaleza y diferencia, y por consiguiente, darles los



nombres convenientes, según las raíces primitivas de la lengua que Dios le había enseñado (1).

En la revista que el hombre hizo de sus súbditos, vió á todos apareados dos á dos, para multiplicar su especie; encontró más de uno que no pedía otra cosa sino ayudarle en sus trabajos ó divertirle en sus ocios; pero no encontró un ayuda semejante á él. ¿De dónde le vendría? ¿Dios le formará igualmente de la tierra? No. Un nuevo orden de misterios comienza. El hombre, el primero sobre todo, ha sido criado á imagen de Dios. Ahora bien: Dios es el principio de todas cosas. El hombre será, sin duda, el príncipe de todo el género humano.

«El Señor Dios envió á Adam un profundo sueño, y cuando dormía, Dios tomó una de sus costillas é hinchó carne en su lugar. Y formó el Señor Dios la costilla, que había tomado de Adam, en mujer (2).»

Dios envió un sueño al primer hombre; un sueño, dicen todos los Santos Padres, que fué un arrobamiento y el más perfecto de todos los éxtasis. En este sueño conoció de qué manera Dios le preparaba una compañera. Lo veía todo en su éxtasis, porque cuando al despertar Dios le presentó la mujer así formada, dijo al punto: «Esto ahora, hueso de mis huesos y carne de mi carne: esta se llamará Varona, porque del varón fué tomada. Por lo cual dejará el hombre á su padre y á su madre, y se unirá á su mujer, y los dos serán una misma carne (3).»

Leyendo estas palabras, asistimos en cierta manera á la celebracion del primer matrimonio. Nada puede darse más santo ni más solemne. Es Dios el que presenta la esposa al esposo; ante Dios se verifica esta union: Dios allí es á la vez padre y testigo, sacerdote y magistrado. El es el que proclama ó hace proclamar las santas leyes: *dejará el hombre á su padre y á su madre, y se unirá á su mujer, y los dos serán una misma carne*. Gran misterio de Cristo y de su Iglesia, como el Apóstol nos lo en-

(1) Bossuet, 5, serm., 1, elevat.

(2) Gén., 2, 22.

(3) Gén., 2, 23, 24.

seña. El nuevo Adam, el Hombre-Dios, dejará á su padre, que está en el cielo, y á su madre, que está sobre la tierra, la sinagoga, y se unirá á su esposa, á la Iglesia, y los dos serán una misma carne y un mismo espíritu.

Cristo no tiene más que una esposa; el hombre no debe tener más que una. La intencion del Criador no es dudosa sobre este punto. Si alguna vez ha existido razon para que el hombre tuviera más de una mujer, era al principio, cuando se trataba de poblar el mundo. Sin embargo, el autor de la naturaleza no dió al primer hombre más que una sola. La pluralidad de mujeres, así como el divorcio, es pues una desviacion del estado primitivo y natural: *No era así al principio*, dijo Jesucristo (1). Y la religion y la humanidad exigen que no sea sino así. Porque en todas partes donde reina la poligamia, la mujer es victima del hombre; y en todas partes donde reina el divorcio, los hijos son las víctimas del hombre y de la mujer.

Habiendo así formado y unido á nuestros dos primeros padres, «bendijolos Dios, y dijo: Creced y multiplicaos, y henchid la tierra; y sojuzgadla, y tened señorío sobre los peces del mar, y sobre las aves del cielo, y sobre todos los animales que se mueven sobre la tierra (2).»

«Y dijo Dios: Ved que os he dado toda yerba que produce simiente sobre la tierra, y todos los árboles que tienen en sí mismos la simiente de su género, para que os sirvan de alimento: Y á todos los animales de la tierra, y á todas las aves del cielo, y á todos los que se mueven sobre la tierra, y en los que hay ánima viviente, para que tengan que comer. Y fué hecho así (3).»

De estas palabras, han deducido algunos intérpretes que Dios no permitía el uso de la carne, sino solamente frutas y legumbres. Se puede dudar de esta conclusion. Dios acababa de recordar formalmente á nuestros primeros padres el dominio sobre las aves del cielo, sobre los peces de la mar y sobre los animales terrestres. Ahora bien: ¿de qué habria servido

(1) Alath.

(2) Gén., 1, 28.

(3) Gén., 1, 29, 30.



este dominio al hombre sobre la mayor parte de los animales, si no le hubiera sido permitido comerlos? Dios, como un buen padre acaso, quiso enseñar á nuestros primeros padres hasta los detalles de sus alimentos; pero, sin embargo, quizá quiso recomendarles que se alimentasen desde luego de frutas y legumbres, hasta que las especies de animales más útiles se multiplicasen bastante para no exponerlos á ser destruidos.

Nuestros primeros padres, así formados, unidos y benditos, estaban vestidos de la gracia y de la inocencia. En sus personas la carne no luchaba contra el espíritu, sino que estaba perfectamente sometida al espíritu, como este lo estaba á Dios. El cuerpo y el alma formaban como una armoniosa lira, en donde todo estaba acorde, en donde todo resonaba la alabanza del Criador. Otro tanto sucedía en la naturaleza entera, que ofrecía por todas partes los encantos y las bellezas de una primavera como divina.

«Y vió Dios todas las cosas que había hecho: y eran muy buenas (1).» En los dias precedentes había visto cada parte de su obra, y la había encontrado buena conforme al plan eterno. Pero cuando vió todo este plan realizado, el orden, la belleza, la armonía de las diversas par-

(1) Gén., 1, 31.

tes entre sí, este conjunto, no sólo le parece bueno, sino muy bueno, muy excelente para llenar los designios de la eterna sabiduría.

El Universo ha sido criado para dos fines: uno, primero y principal, la gloria de Dios por la manifestacion de sus infinitas perfecciones; otro, segundo y secundario, la eterna felicidad de las criaturas libres. Este último depende de la libre voluntad de estas mismas criaturas. Pero aun cuando estas no quieran, contribuirán siempre á la primera, contribuirán todas á manifestar eternamente las adorables perfecciones de Dios. Todo, del lado de Dios, estará bien, aun el mal ó el pecado de la criatura libre, porque este pecado será expiado por la criatura ó castigado por el Criador; y un pecado expiado ó castigado no es un desorden, sino el restablecimiento eterno del orden, un bien.

«Así, pues, fueron acabados los cielos, la tierra y todo el ornamento de ellos. Y fué la tarde y la mañana del dia sexto.»

Viene en seguida otro, al cual la Escritura no da ni mañana ni tarde, ni principio ni fin; este es el sétimo, que aparece como el dia de la eternidad; dia en donde Dios reposa de toda su obra, porque todo está allí consumado. Este dia es para Dios mismo un dia de fiesta: le bendice y le santifica.

CAPÍTULO II

Acuerdo de las antiguas tradiciones con la narración de Moisés

Moisés y los profetas son los verdaderos padres de la historia. Sin Moisés y los profetas, y sin Jesucristo que es su complemento, la historia humana sería lo que era el mundo en su origen: un caos informe, el vacío, un cuerpo sin alma. Diez siglos antes que la antigüedad profana nos ofrezca una historia un poco seguida, Moisés descubre el primero este caos, crea allí la luz, distingue los días ó las épocas. Moisés es el primero que le da un cuerpo orgánico y viviente, un conjunto que abraza todos los siglos y todos los pueblos; es el primero también que nos descubre este soplo de vida que anima este vasto cuerpo, la divina Providencia que observa y vela sobre todo el género humano, como una madre sobre su hijo, para conducirlo de la infancia á la adolescencia, de la adolescencia á la edad viril, y colocarle en situación de llenar sus grandes fines.

Después de Moisés, los profetas desarrollaron más y más esta historia viviente de la humanidad: escribieron aún muchos siglos antes la sucesión, la duración, las revoluciones de esos grandes imperios, que harán converger todas las cosas humanas hacia un mismo centro, el advenimiento de Cristo, de donde saldrán torrentes de luz y de verdad sobre el pasado, el presente y el porvenir. Cuando los profetas habrán acabado de escribir así la historia futura, cinco ó seis siglos antes de la venida de Jesucristo, entonces solamente aparecerán los escritores profanos para registrar los hechos aislados, recoger fragmentos de verdades; hechos y fragmentos que no presentarán más que un montón de escombros, pero que en Moisés, los profetas y Cristo, encuentran su conjunto, como piedras de un mismo edificio.

Estas piedras esparcidas, que en nuestros días se descubren por todas partes, trataremos de colocarlas en su lugar conveniente. A medida que Moisés y los profetas nos hayan hecho la relación de algún suceso principal é importante, señalaremos los vestigios en las tradiciones de los principales pueblos.

Hé aquí cómo se encuentra resumida la tradición con la ciencia de los modernos por un prelado de Francia (1), que en su capítulo de la *Creencia general*, tocante á la unidad de Dios, se explica en estos términos:

«Todas las naciones han conservado una idea más ó menos distinta de la unidad de Dios.

»Es necesario, dice Bergier, ó que esta idea haya sido grabada en todos los espíritus por el Criador mismo, ó que sea un residuo de la tradición que se remonta hasta el origen del género humano, puesto que se encuentra en todos los tiempos y en todos los países del mundo (2). Durante casi dos mil años, los descendientes de Adam no han tenido otro Dios que el Todopoderoso. La idolatría se introdujo poco antes de la vocación de Abraham, no desarrollándose sino progresivamente entre los diferentes pueblos, ni llegando nunca á ser general, rigurosamente hablando. El verdadero Dios ha tenido adoradores en todos los tiempos; en todos se han encontrado, aun entre los gentiles, justos que no han doblado su rodilla ante los ídolos. Vemos en el Génesis, que Melquisedec, rey de Salem, y Abimelec, rey de Gerara, entre los

(1) Mgr. Gousset, arzobispo de Reims, en su *Teología dogmática*, ed. de 1849.

(2) *Diccionario de Teología*, art. Dios.



Cananeos, adoraban el mismo Dios que los patriarcas; que en la Arabia, Job, Jethró, no reconocían sino al mismo Dios de los patriarcas. Esta era aún la religión de los Asirios en una época menos lejana de nosotros, puesto que los habitantes de Nínive, capital de Siria, movidos por las amenazas que el profeta Jonás les hizo de parte del Dios de Israel, se convirtieron al Señor (1).

»Se encuentra la creencia de la unidad de Dios, la noción de un Sér Supremo de todas las cosas, aun entre los pueblos que han caído en idolatría. Los gentiles han conocido el verdadero Dios, y porque habiéndole conocido no le han glorificado como Dios, no son disculpables (2). Hé aquí en qué consiste principalmente el crimen de los idólatras. Admitían, al menos generalmente, muchos dioses propiamente dichos, muchos seres increados, soberanos, independientes. El politeísmo no es un politeísmo de igualdad, sino de subordinación (3). Todos los autores paganos, filósofos y poetas, todos los que han hablado de la religión de los antiguos pueblos, hacen mención de un Sér eterno y soberano, que llaman *Padre*, *Maestro*, el rey de los hombres y de los cielos (4); lo que responde á lo que dicen los libros santos, en donde el verdadero Dios es llamado el Señor de los señores, el Dios de los dioses (5).

»¿Qué era Júpiter en el espíritu de los pueblos? Los poetas, que han sido siempre los intérpretes del pueblo, nos le harán conocer: no hablaremos más que de Hesiodo y Homero. El primero canta el caos y el nacimiento del mundo; pero desde el momento en que es formado el mundo, Júpiter toma el mando y preside á la ejecución de los destinos.

»El es el que ve, oye, ensalza, abate, distribuye como le place sobre la tierra y el cielo el poder, la fortuna y la gloria. Según Homero, la voluntad suprema de Júpiter es la última razón de las cosas; de él dimanaban las leyes sábias; él es el que da á los reyes el po-

(1) Jonás, c. 2.

(2) Rom. 1, 21.

(3) *Bullet, La existencia de Dios*, par. 2, p. 9, 1819.

(4) Hesiodo, Homero, Virgilio, Ovidio, etc.

(5) *Deuteronomio*, 10, 17.

der y el cetro, y quebranta la cabeza de las ciudades; él es el dios grande, que lanza el rayo, no sólo á los hombres, sino á los dioses; en fin, él es el que tiene el primer anillo de esta cadena, de la cual todo el universo está suspendido: *Reunios, dioses y diosas, emplead los más grandes esfuerzos, no conseguireis hundir hasta la tierra al Dios altísimo, impenetrable en sus pensamientos; y si me place, os arrebataré á todos con la tierra y los mares profundos, y os ataré á la cumbre del cielo, donde os dejaré suspendidos. Tal es el poder sin límites que me eleva por encima de los dioses y de los hombres.* Todo Homero está lleno de estos pensamientos (1).

»Máximo de Tyro, filósofo platónico, no es ménos expresivo: «Cuando se interroga á los hombres, dice él, sobre la naturaleza de la divinidad, todas sus respuestas son diferentes; sin embargo, en medio de esta prodigiosa variedad de opiniones, encontrareis un mismo sentimiento por toda la tierra: esto es, que no hay más que un solo Dios, que es el Padre de todos (2). Es por otra parte constante, como lo han probado muchos sábios, que los pueblos de Asia, Europa, África y América, aun los que han adorado ó adoran aún muchos dioses, han reconocido siempre uno como superior á todos los demás (3). Forzados á restringirnos, nos contentamos con hacer constar que los Padres de la Iglesia no han temido en invocar á favor del dogma católico la creencia de los pueblos y autores paganos.

»San Ireneo, discípulo de San Policarpo, prueba la unidad de Dios, Criador del cielo y de la tierra, por el testimonio de todos los hombres; añadiendo que los más antiguos han conservado esta creencia según la tradición primitiva del primer hombre; que los que han venido posteriormente han recibido el recuerdo por los profetas; que los gentiles lo han aprendido de la creación, y que la Iglesia, esparcida por toda la tierra, ha recibido esta tra-

(1) *Memorias de la Academia de las Inscripciones*, t. 35.

(2) *Discurso, De Dios según Platon*.

(3) *Bullet, La existencia de Dios*, par. 2.^a